

mayor magnificencia , ni con gusto mas superfluo en el monte Parnaso , ni en ningun bosque de la Arcadia. Segun eso , me respondió ella , á vos os tocara hacer aqui una figura , que dexase muy atrás al amable pastor de Cária ; Ah Señora ! repliqué prontamente : no quisiera yo que ántes bien me tocáse hacer la de Anteón. Sonrióse un poco de esta mi chufleta , mas hablándola luego en serio : por Dios , la dixé , no me tengais suspenso por mas tiempo , á vista de las extravagancias que estoy viendo. ; Decidme cómo se compone una habitacion tan acomodada y tan deliciosa como ésta , con la triste figura que quereis representar quando vais á Turin ? Para que entendais mejor todo el misterio , respondió ella , me será preciso dar principio á mi relacion por todo lo que pasó desde aquel tiempo , en que con tanta ingratitud hice que te echasen de tu misma casa de Holanda. No es menester , la repliqué , que tomes el agua tan arriba : basta que comiences desde que Rafaelino te abandonó en Amsterdám , despues que te vió entregada á los amores del Caballerito Escocés. De todo lo que precedió á este suceso me informó menudamente mi inmediato sucesor , de cuya verdad no puedo dudar , habiéndome enseñado la experiencia , que eres una muger capaz de las mas árduas resoluciones. Siendo eso asi , repuso Madama , me alivias de un gran trabajo , y llegaré mucho mas presto al fin de mi discurso.

CAPITULO VIII.

*Prosigue la historia de la Aventura,
y como Don Abél hizo las paces
con ella.*

Luego que el Caballero Escocés volvió del paseo , se halló sin rival que le pudiese competir (prosiguió Poliandria) y con esto fue inmediatamente colocado en el trono de mi amor , ni mas ni menos como el camarero de la posada lo habia sido en el de Leonilde. Mi nuevo amante tenia dinero , y esto era justamente por lo que yo le amaba tanto. Propúsome si me queria ir con él á Escocia , y no encontró en mí la mas mínima dificultad para darle gusto. Salí pues de Amsterdám , dexando recomendada la casa y todas mis cosas (ó por mejor decir las vuestras) á mi criada Leonilde , encargándose ella y su nuevo amigo de la custodia de todo hasta nuestra vuelta. Duró pocos meses mi viage á Edimburgo , patria de vuestro tercer sucesor : me probó mal el temple de aquel país por lo obscuro y nebuloso , y asi facilmente le persuadí á que nos restituyésemos á Amsterdám. Teniéndome por noble , como me jactaba de ello á cada paso , se persuadió á que las complacencias que conseguia de mí , eran efecto de un vehementísimo amor á su persona , quando en realidad solamente lo eran de mi insaciable

avaricia, y de una lasciva pasión no menos insaciable. Suponia que la facilidad con que me habia entregado á él, solo habia nacido de una violentísima pasión, y haciendo escrúpulo de mantener en figura de amiga á la que en su concepto merecia ser su esposa, me propuso un día si me dignaria de recibir su mano; y aunque siempre habia tenido grande aversion, y mirado con horror al matrimonio, consentí no obstante en ello, precisamente por la esperanza de que tardaria poco en ser heredera de sus bienes; pero esto fue puntualmente lo que no quiso mi fortuna. Los sabrosos guisadillos que le hacia comer mi cocinero, le causaron una enfermedad, que fue para él la última; pero su testamento no correspondió á mi expectation, por mas diligencias que hice para corromper al Notario con grandiosas promesas. Fueron llamados á la sucesion de sus bienes algunos parientes suyos colaterales, y yo quedé viuda del Caballero, sin otra cosa que un legado de seiscientas libras esterlinas. Viéndome ya sin esposo y sin amante, solo pensé en proveerme, pero sin ligarme á uno solo. Con esto dentro de poco tiempo comenzó á brillar mi casa como una florida concurrencia, por los muchísimos Caballeros y Señores de todas clases que la frecuentaban, todos los quales pagaban su tributo á mi bella cara. Habian crecido á lo sumo mis riquezas, quando vino á deshacerlas, interrumpiendo, ó por mejor decir, cortando mis conquistas la quiebra de un mercader que habia fallido por los em-
prés-

préstitos ó fianzas hechas á muchos de mis cortejantes. Consideráronme como la única causa de un daño, que habia perjudicado no poco al comercio de Amsterdám, y añadiéndose á esto las quejas y los clamores de tantos padres que por mí estaban viendo á sus hijos asomados al precipicio, fui desterrada de Holanda, y confiscados todos mis bienes, honrándome en la sentencia con los decorosos títulos de hechicera, embustera, seductora de la juventud, y estragadora de las buenas costumbres. No pude salvar mis bienes raíces, pero preservé todos los muebles, que consistían en plata, joyas y dinero, de lo que junté un relevante caudal, que pude llevar conmigo á Alemania, donde me retiré. Me detuve un año en Francfort, dos meses en Augusta, y desde aqui pasé á Praga, capital de la Boemia. En todas partes encontré mentecatos que me pagaban bien los favores que yo les dispensaba; pero en Praga me hallé con un tesoro, tanto mas inestimable, quanto él solo me pone para siempre á cubierto de la pobreza, aun quando por alguna desgracia se pierdan todos mis capitales, y los años y las arrugas descompongan el principal que hasta ahora me ha mantenido con tanta pompa y ostentacion. Ya sabeis que en aquel Reyno hay una gran multitud de familias de Cingaros, así llamados alli y en muchas naciones de Europa, los que en España se llaman *Gitanos y Gitanas*. Estos andan vagando por todo el mundo, prometiendo decir á todos la buena-

naventura, y se hacen impunemente ricos á costa de los mentecatos que los consultan y los creen, no menos que en virtud de lo mucho que en todas partes roban. Estos, segun dicen ellos mismos, poseen extraordinarios secretos, mediante los quales se aparentan cojos, tullidos, ciegos, leprosos, remedando quantas deformidades y enfermedades se les ponen en la cabeza. Todo lo qual lo consiguen mediante ciertos emplastos, de cuyo número fue el milagroso de que yo me valí para alucinarte y fascinarte, presentándome llena de aquellas asquerosas costras que tanto asco te causaron, creyendo ser verdaderas. Me lo comunicó uno de aquellos maravillosos Cingaros, que deseó mucho lograr mi conversacion, y parecia un verdadero Proteo, segun las varias figuras que mudaba á cada paso. Hizo en mí la experiencia de su prodigiosa virtud, y me enseñó el modo de usarlo y de componerlo, quando se me acabase la gran cantidad de él, contenida en una olla con que me regaló.

Luego que acabé de chupar todo el dinero á la juventud de Boemia, y ví que ya no tenia cañamones para cebar mi codicia, partí de aquel Reyno, y tomando el camino de la Austria y del Tiról, me entré en Italia, cuyo plácido cielo y benigno temperamento me determinó á fixar en ella mi residencia. Despues de haberme detenido en Milán tal qual semana, me vino gana de pasar á Turin, donde me encontré con un comerciante muy rico, que gustaba sin dolerle

pren-

prendas. Este volvió á casa una noche sumamente alegre, y preguntandole yo el motivo de aquella extraordinaria alegría, me respondió, que acababa de ganar en el juego una gran cantidad de doblones á un forastero que se hallaba en aquella Ciudad. Me picó la curiosidad de saber quién era, y cómo se llamaba aquel desafortunado Caballero, y quando le oí nombrar vuestra persona, se sobresaltó muchísimo mi pobre corazon. Desde aquel mismo dia comencé á sentir punzantísimos escrúpulos de todo lo que habia hecho contra vos, y remordiendome continuamente la conciencia, me puse á pensar de qué medio me valdria para merecer vuestro perdon. No se habian pasado dos semanas, quando supe, que el juego te habia arruinado enteramente, dexandote absolutamente por puertas: entonces creció sin medida mi compasion, apoderándose de mi corazon un arrepentimiento tan vivo de la infame traicion que habia usado contigo, que no me dexaba sosegar ni un solo momento.

Me desahogué secretamente con Leonilde, consultando con ella la manera de aliviarte, muy resuelta á solicitarlo, costáseme lo que me costase. Y para que en llegando la ocasion te pudieras asegurar de la rectitud y sinceridad de mis pasos é intenciones, determiné abandonar del todo la Ciudad, con todas las amistades que tenia en ella, y retirarme á una buena y deliciosa soledad. Ofrecióseme entonces afortunadamente la ocasion de comprar esta pequeña casa de Cam-

TOMO V.

II

po,

po, y determiné pasar en ella contigo, supuesto tu consentimiento, el resto de mi vida, sin enredarme en nuevas aventuras. Luego que la ví alhajada, como la ves, me escapé de Turín, sin decir palabra á nadie, y há solos dos dias que resido en ella: y como siempre habia procurado, que no te perdiesen de vista, para solicitar volver á tu gracia, quando fuese tiempo, luego que me vió mi camarera en este amable retiro, dexandose llevar de su genio alegre y graciosamente inventor, quiso valerse del secreto del Cingaro para hacerte una graciosa sorpresa. Se aplicó á la cara el consabido emplasto, y en virtud de él quedó aparentemente transformada en aquella astrosa y asquerosísima figura que se te presentó á la puerta del cementerio; y quando volvió á casa por la noche trajo no poco dinero, que habia recogido de limosna, excitando la caridad y la compasion de los fieles, particularmente de los hombres. Este suceso me confirmó en el concepto de lo mucho que convenia no comunicar á nadie el importantísimo secreto, que el gran bribon Boemo me habia confiado. Mas ya que yo lo habia hecho con Leonilde, quise tambien imitar su exemplo, dexandome ver de tí en aquella asquerosa figura, para hacer resaltar mas la loable accion con que pretendiendo desempeñar en parte las grandes obligaciones que te debo. Por lo demás estoy muy resuelta á nunca valerme de tan singular artificio, sino que sea en caso de extrema necesidad; la que

haré todo lo posible para que esté siempre muy distante de mí.

Asi acabó su discurso Poliandria, dexandome á mí extático y pasmado, no solo á vista de su dolor, y de su generoso reconocimiento, sino tambien del floridísimo estado en que volvía á verla, de manera, que insensiblemente y poco á poco me fuí olvidando de todo lo pasado, mirandola ya como una muger, que verdaderamente estaba muy arrepentida de la terrible burla que me habia hecho. Mientras tanto entró un criado á decirnos que ya estaba la comida en la mesa. Nos levantamos, y salimos del quarto donde estabamos, para entrar en una especie de galería, que correspondia á un jardín admirablemente cultivado. Descubrianse en él multitud de naranjos y limones, que hacian una deliciosa vista, sin contar gran número de vasos mas pequeños atestados de las mas bellas, mas delicadas y mas exquisitas flores del país. Nos sentamos á una mesa, á que nos servian Leonilde, y aquel hombre que fue á servirme de guía, para conducirme á la tal casa, el qual me dixeron era el Camarero de la posada de Amsterdám. Fueron exquisitos, delicados, abundantes y admirablemente cocinados todos los platos que se pusieron en ella; concludida la comida, y levantados los manteles me dixo Poliandria. Don Abél, de aquí adelante ésta será tu casa y tu mesa, si me quieres dar este gusto. Podrás ir á Turín cada y quando te diere la gana, y siempre tendrás

drás á tu disposicion un caballo ensillado , y un buen criado que te sirva. Mientras tanto ven á vér y tomar posesion de todo este sitio , y hallarás , que sino es tan grande como aquel , de que me hiciste donacion en Amsterdám , por lo menos puede muy bien recibirse en contracambio , por los ricos y preciosos muebles de que le verás surtido. Condtíjome , pues , por todos los quartos de uno en uno , colgados suntuosamente con magníficos damascos de Génova de diferente color en cada quarto. Todos estaban adornados de sillas , vestidas del mismo damasco y color , que correspondia á cada uno , y en todos habia una mesa de las mas estimadas piedras , que hasta entonces se habian descubierto , labradas con el mayor primor , y observé que todas estaban llenas de varias curiosidades de platería , y de finísima porcelana , que parecia la misma que la del Japón y de la China. ¡Cómo es esto ! la dixé entonces como en ayre de pasmado. ¡Pues qué ! tus criados de Cambray fueron tan escrupulosos contigo como ahora lo eres tú conmigo , que al cabo te restituyeron tus tesoros ? Sonrióse al oirme esta picaresca bufonada , y prosiguiendo en irme mostrando todas sus riquezas , me introduxo en un gabinete muy superior á todos los demás en la riqueza de los muebles , y en el finísimo gusto de todos ellos. Aquí tenia ella su cama verdaderamente imperial , y á la cabecera de ella un buró , ó un escritorio de mediana magnitud. Abrióle , y casi me deslumbró la vista de una pro-

prodigiosa cantidad de monedas de oro , y de joyas preciosísimas que tenia encerradas en él.

Don Abél , me dixo entonces Madama , todo esto que vés será vuestro , solo con que querais volverme á hacer dueña de vuestro corazon. Mas aun quando seais tan cruel , que me negueis esta gracia , todavia estaré prontísima á entregaros siempre que quisieréis , (y á entregarlos con usuras) los quarenta mil escudos que habeis gastado conmigo. No creo , querido Scipion , que me hagas la injusticia de tenerme por tan tonto , que pudiese dudar ni siquiera un momento en volver á ser esclavo de una beldad , cuya posesion , si antes la habia comprado á costa de quanto tenia , ahora ella misma se me venia á meter en la mano con una dote , muy superior á todo quanto me habia costado. Dí mil gracias á Poliandria por la nunca imaginable oferta que me hacia , y besandola mil veces aquellas bellísimas manos , sin acordarme que el dia antecedente faltó poco para que me hiciesen vomitar por el asco que me causaron , la juré serla fiel eternamente. Asi jugó conmigo la fortuna hasta aquel tiempo. Ahora solo me falta contarte la última parte de mi Historia , la qual no te divertirá menos que las otras dos que me has oido.

CAPITULO IX.

La comida que Don Abél y Scipion tuvieron en Colonia. Prosigue la Historia de la Aventurera. Traicion de su camarera; prision de los dos amantes, y como Don Abél fue liberado de ella.

Al mismo tiempo que Don Abél acabó esta relacion, paró los caballos el Calesero, y nos obligó á desmontar en un infeliz meson, ó por mejor decir en una miserable venta, donde quiso que tomasen un pienso los caballos. Era á la verdad la hora del medio dia, y el Ventero, hombre muy ceremonioso, vino luego á preguntarnos qué gustáramos de comer. Respondióle Don Abél, que él queria comer poco pero bueno. Gracias á Dios, dixo el Ventero, en casa tenemos con que servir á ustedes, y asi no tienen mas que mandar, y pedir lo que gustaren. Pues disponga Vmd., le respondió Don Abél, un principio, una menestra, un cocido y un asado. Eso es puntualmente replicó el Ventero, lo que unicamente nos falta; pues bribón, le replicó Don Abél muy enfadado, ¿para qué nos dixiste que en tu casa habia de todo? Lo dixiste, respondió con mucha arrogancia el Ventero, porque tenemos en casa una

una cierta bebida, que en este país puede servir por todos los platos que se pueden apetecer. ¿Pero qué bebida es esa, pregunté yo entonces, que equivale á todos los manjares? Presto la beberá usted, respondió él, solo con que tenga un poco de paciencia. Con efecto, puso los manteles con bastante cortesía, y luego que nos sentamos á la mesa con grande expectation de aquel raro y nuevo maná, que sabia á todas las cosas, nos presentó en un asqueroso plato de barro un fétido potage de habas, dentro del qual se veían algunos pedacitos de una carne desconocida, que verdaderamente mostraba haber sido ya mas de una vez cocida, frita ó asada, ¿y quién sabe si quizá tambien masticada? Su dureza nos hizo dudar si sería carne de perro ó de caballo, y por su mal olor se conocia, que habia servido á diferentes mesas, y permanecia intacta de los pasajeros. Considera ahora tú, si nosotros comeríamos de aquel delicadísimo plato: echamos pestes contra el Calesero, que nos habia hecho apearse allí, y era el caso que en aquella posada tenia su pique, porque la cocinera de la venta, que era una moza rolliza, pantorrilluda, y muy abastecida de conveniencias, le dispensaba mil favores.

Luego que nos levantamos de la mesa, volvimos á montar en nuestro carruage, y seguimos nuestro viage, durante el qual, Don Abél volvió á tomar el hilo de su Historia, y la prosiguió de esta manera.

Verdaderamente nada tenia yo que desear en Po-

Poliandria. Nunca había estado tan condescendiente conmigo, ni tan pronta á cumplirme todos mis deseos, y gozando de todo aquello, que era de mi gusto, no se tomaba mas libertad que la que yo la daba, y ella me pedía con todas las demostraciones de una entera subordinacion y perfecta obediencia. Yo había hecho muchos viajes á Turín, no tanto por exercitar el caballo, que todos los dias se me tenia prevenido, quanto por recoger las cartas de España, y entre ellas las letras que había pedido á mi Administrador, y estaba esperando cada correo. Efectivamente pocos dias despues recibí una letra de dos mil doblones, que en breve tiempo cobré, y luego los llevé á mi casa de Campo, metiendolos en el mismo escritorio de Madama, cuya llave quiso ella misma que siempre tuviese yo. Nada nos inquietaba el tumulto ni la sujecion de la Ciudad; no nos importunaban las visitas: ningun cuidado nos daba el vestirnos de ésta ó de la otra manera. Nos divertiamos frecuentemente en la caza, ya de las tímidas liebres, ya de las inocentes avecillas, y vistiendonos ella de ninfa y yo de pastor, girabamos en este trage por los contornos de nuestra pequeña, pero muy deliciosa Quinta. Ya te podrás imaginar, que aquellos nuestros vestidos pastoriles serian mas que suficientemente ricos, para que no se nos confundiese con el trage de los que realmente exercitan aquella profesion. Lo cierto es, que ni el pastor Admeto, ni la celebrada hija de Peleo se desdenarian del trage que usabamos nosotros.

Mien-

Mientras tanto, como las cosas que salen de lo ordinario, suelen crecer tanto en la boca de la fama, sucedió que nuestro particular modo de vivir, aunque sencillo y retirado, divulgándose por aquellas cercanías, llegó á noticia de la Corte, la qual en ciertos tiempos acostumbraba venir á divertirse á la Veneria. Algunos Caballeritos Cortesanos, por la curiosidad de vernos y conocernos, se entraron un dia en nuestra casa á la misma hora de comer: fueron recibidos y cortejados con todo el agasajo, y con toda la atencion que les era tan debida, y para satisfacer los deseos que tenian de saber quiénes fuésemos, les contamos á nuestro modo una historia, que allí mismo forjamos de repente. Mi ninfa ostentó una extraordinaria modestia y compostura, de manera que en el concepto de nuestros huéspedes, pasó por la muger mas cuerda y mas inocente del mundo. No sucedió lo mismo con Leonilde. Puso los ojos en un criado de aquellos Cortesanos, y en gracia de este nuevo amor olvidó del todo al camarero de la posada. Hizo en el mismo dia mil finezas al primero, las quales irritaron tanto al amante abandonado, que travándose de palabras con su novicio sucesor, fue aquel pobre hombre sacrificado al furor de los otros compañeros suyos, criados de los Cortesanos. De esta manera terminó trágicamente un dia que había comenzado con tanta alegría, y había continuado hasta allí con la mas festiva solemnidad.

Partiéronse los Caballeros con el disgusto del

funesto fin que habia tenido aquel su dia de campo; mas no por eso dexaron de proteger á sus criados, tanto que se quedó sin castigo un delito, que realmente merecia ser castigado con todo rigor. Desde aquel dia comenzamos á mirar á Leonilde con ceño y con aversion: y ella, que luego conoció haber decaído de nuestra gracia, revestida de una venganza bestial, nos tramó la mas horrible traición que se podia imaginar. Salió una mañana de casa con varios pretextos mendigados, y se fue derecha á Turin, y nos delató á la justicia como reos de grandes y quantiosos robos en países forasteros. Fuera de eso acusó á su ama de ser una solemnísima hechicera, y supo vestir de tan vivos colores esta calumnia, que habiendo sido creída, fue despachada una ronda de Alguaciles con orden de prendernos. Cercaron la casa, entraron, y se apoderaron de todo quanto habia en ella. El Juez que mandaba la ronda, y habia de formar el proceso se consoló mucho con la esperanza de apropiarse gran parte de las riquezas que descubrió en el embargo que se hizo. Ya darás tu mismo por supuesto, que inmediatamente que nos prendieron, nos separarian á los dos, poniéndonos en quartos diferentes, de manera, que quando fuimos examinados, como no iban de acuerdo nuestras deposiciones, esta misma variedad añadió mucha fuerza á la presuncion del delito. Por lo que toea á mí, puedo asegurar con toda verdad, que nada oculté, y nada disimulé de todos los sucesos de mi vida: referí

al Señor Juez quanto me habia sucedido con aquella muger desde el primer instante que tuve la desgracia de conocerla. Sin duda que debian tenerla en concepto muy diferente de lo que yo la habia representado á la justicia, quando este fue el punto crítico y principal sobre que giró la pesquisa, ó judicial inquisicion. Yo presenté pruebas tan evidentes de mi inocencia, nacimiento y calidad, mediante la declaracion del mercader, por cuya mano me habia venido la letra de España, que luego se me puso en libertad, entregándome solamente la mitad de mi dinero, porque el Juez se quedó con la otra mitad, á título de satisfacer las costas del proceso. Hice entonces quanto pude para obtener tambien la libertad de la pobre Poliandria; pero este era un hueso muy duro de roer. Su mayor delito eran las riquezas que tenia. Me afligí infinitamente quando oí á un Escribano, que aquella infeliz muger infaliblemente sería quemada viva. No me quise detener en Turin ni un solo momento, por no hallarme presente á un espectáculo tan atroz; y así abandoné el cielo del Piamonte, mucho mas funesto para mí, que lo habia sido el de Amsterdám, y volví á Francia con la mayor diligencia en busca de la traydora y malvada Leonilde, firmemente resuelto si la encontraba, á tomar de ella la mas sangrienta venganza. Inutilmente giré por todo aquel Reyno, preguntando por su persona, y parándome á examinar atentamente á todas quantas pordioseras y mendigas encontraba en calles y

caminos, persuadido á que se hallaria disfrazada en aquella figura, ó en trage de gitana, y determinado si la veía en este exercicio, á practicar contra ella lo mismo que ella habia hecho con su ama. Con el mismo objeto me transferí despues á Amsterdám, y desde aqui tomé el camino de Alemania; de todo lo qual podrás ya haber inferido, que la muger en cuya busca ando rodando por el mundo, es aquella pérfida calumniadora.

CAPITULO X.

Breve, pero substancial discurso que hizo Scipion á Don Abél. Encuentran en el camino á cierto hombre, antiguo conocido de Scipion. Caracter del mesonero, en cuya casa durmió el tal hombre aquella noche, y la curiosa historia que el mesonero les contó.

Quando Don Abél puso fin á la dolorosa historia de sus aventuras, prosiguió Scipion, yo procuré consolarle, acordándole que todo bien considerado, no desmerecia enteramente acabar la vida con aquella muerte una muger tan malvada y rea de tantos enormes delitos como Poliandria. ¿Y quién sabe, añadió, si el cielo se sirvió de este

medio, para arrancaros de una amistad, que quizá os meteria segunda vez en los mismos peligros que corrió vuestra vida en Amsterdám? La experiencia, y lo que ella misma ha confesado, os ha hecho conocer con evidencia, cuánta ha sido siempre su inconstancia y su infidelidad. Ni seria irracional ó temerario el temor de que volviese á cansarse de vos, y del retiro del campo, la primera vez que se la pusiese delante un nuevo objeto que excitase su natural avaricia, ó su caprichosa luxuria. Las mugeres acostumbradas á la disolucion dificilmente se sujetan á vivir dependientes de uno solo. Son como las avejas, que solo se detienen sobre cada flor el tiempo que basta para chuparla el jugo. Pudiera contaros muchas historias que acreditasen lo que digo, si vos no fuerais un hombre á quien hace mas fuerza la razon que los exemplos.

Así hablaba yo á mi antiguo Amo, quando vimos que venia caminando hácia nosotros un hombre á caballo, que luego que se acercó conocí era el hijo de Baltasar Velazquez, aquel mercader de Córdoba, de quien ya se hizo larga mencion en esta historia. Hice parar el calesín, y habiéndonos desmontado todos, él mismo se me dió á conocer. ¿Pues qué! le pregunté admirado, ¿no estais ya en la Cartuxa de Sevilla? No, me respondió: no pude con el rigor de aquella vida, y mi debil temperamento no se habia hecho para tanta austeridad, cuyo horror no tenia bien considerado, quando me